

El divorcio del Estado y la academia

JORGE IVÁN CUERVO R.



CON OCASIÓN DEL DEBATE SOBRE LA educación superior, en lo que tiene que ver con el financiamiento de las universidades públicas o la escasa participación de las universidades colombianas entre las más importantes del mundo, se ha discutido poco acerca de la incidencia que tiene el conocimiento universitario en los procesos de toma de decisiones en el Estado colombiano. Mi impresión es que es muy poca o ninguna.

Como en todo divorcio, el problema siempre es de dos, y en este caso tanto el Estado como las universidades tienen su cuota de responsabilidad.

El Estado en Colombia es bastante reacio a fundamentar sus decisiones en estudios realizados en universidades o centros de pensamiento. Salvo en temas económicos, donde Fedesarrollo o el CEDE de la Universidad de los Andes son fuente permanente de estudios relevantes, la regla general es que no se usa el conocimiento universitario. Bogotá ha venido incorporando los estudios

del CID de la Nacional y es saludable que esta universidad esté detrás de la logística de las víctimas en La Habana. Otro tanto sucede con las universidades de Antioquia, Valle y Uninorte en sus regiones. El Externado ahora mismo está desarrollando un gran proyecto sobre megaminería, y lo propio está haciendo la Universidad Central, pero en general, son casos aislados.

Se tramita una vez más una reforma a la justicia y hasta el momento las universidades no han sido consultadas sobre el particular. Uno se pregunta de dónde salen esos engendros de proyectos siempre con muy pobre evidencia empírica, lo que seguramente explica que estén condenados al fracaso.

Pero la academia también tiene su cuota de responsabilidad. Como las universidades entraron de lleno en la competencia, y hoy es más importante el indicador financiero que el académico, han relajado sus procesos de investigación y de producción de conocimiento en aras de ofrecer rentables posgrados, las problemáticas especializaciones y maestrías profesionalizantes donde lo que se busca es un título y actualizar algunos conocimientos. A esto se suma el sistema de acreditación que las induce a una producción académica autorreferida, donde los profesores nos vemos obligados a escribir *papers* para que nos lean nuestros

colegas y nosotros a ellos, en una suerte de endogamia desconectada de la realidad social y política.

En el reciente Congreso de la Asociación de Ciencia Política, en Cali, me llamó la atención la cantidad de ponencias sobre temas teóricos, importantes sin duda, y la poca atención a los problemas reales del país. Cuando uno se da una pasada por las publicaciones académicas de distintas universidades se advierte una cabal comprensión de la fenomenología de Husserl o el giro habermasiano y muy poca reflexión e investigación sobre los problemas que afectan a los ciudadanos en aspectos como ambiente, justicia, inseguridad, vulnerabilidad social, por sólo nombrar algunos temas que están a la orden del día en nuestro país.

No digo que no haya estudios en ese sentido —pero no hay buena información al respecto— ni que las líneas de investigación no se estén moviendo hacia allá, pero debe hacerse un esfuerzo mayor para que la agenda académica esté mucho más sintonizada con los problemas del país y las soluciones de política pública, y para que en el Estado exista mayor sensibilidad al conocimiento en los procesos de toma de decisión, sin que ello implique cooptación ni afectación de la autonomía universitaria.

@cuervoji

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
Commutador: 4232300 Fax: 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
018000510903 Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita nacional 018000510903 Publicidad:
Caracol Unidad de Medios: 4232300
ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

Toque de queda para tontos

El 23 de septiembre, el periódico **El Espectador** publicó la noticia "Bucaramanga tendrá toque de queda para los hombres", informando que a partir del 9 de octubre sólo podrán salir de fiesta las mujeres de la ciudad. ¿Y si también dejamos en la casa a los tontos? El presidente ejecutivo de la Cámara de Comercio de Bucaramanga señala que la campaña es de carácter simbólico y espera que los hombres acepten el reto. Además, el hombre que sea sorprendido en la calle deberá llevar un salvoconducto y demostrar por qué no está en casa. Hagamos lo mismo con los tontos en Colombia. Algo así como que a partir de este mismo día todos los tontos que sean incapaces de hacer la fila adecuadamente, que sean imprudentes para manejar, todos aquellos que arrojen la basura en la calle y zonas verdes, o los desagradables que no saben decir "por favor", "con permiso", "gracias" y te llevan por la mitad en el andén, o los cerdos que maltratan a las mujeres, todos esos y los que entren en este grupo, por favor, que se abstengan de salir a circular en nuestras calles, que acepten el reto. De sorprenderse, entonces deberán, como los hombres de Bucaramanga, llevar un salvoconducto que podría ser el librito del manual de Carreño, demostrar que han aprendido a ser mejores ciudadanos o decir las razones por las cuales no están en casa, y el ser tonto no será excusa. ¡Ah! Y no por ser mes de Halloween se aceptará a lobos con disfraces de abuelita.

Israel David Martínez Parra.
Bogotá.

Educación ciudadana

¿Desvían los periodistas el análisis del caos ciudadano en Bogotá y en el país? Sí. El buen uso de los servicios públicos, como el transporte masivo, no depende de si las tarjetas son rosadas, verdes o amarillas o si es una o sin son dos, o si las puertas funcionan bien o si hay bastante policía. El orden y el buen uso dependen de la educación y el buen comportamiento de los ciudadanos. No sólo en Bogotá sino en todas las ciudades capitales e intermedias del país, en las que fácilmente se observa un gran auge de la cultura mafiosa y tramposa, y eso no se corrige sino con fuertes campañas de educación cívica. La campaña del "Soy Capaz" podría convertirse en medio de civilización y educación de masas de arriba y de masas de arriba, porque arriba sí que hace falta educación, cortesía, lealtad y caballerosidad.

Maria Cristina Quiroga. Cali.

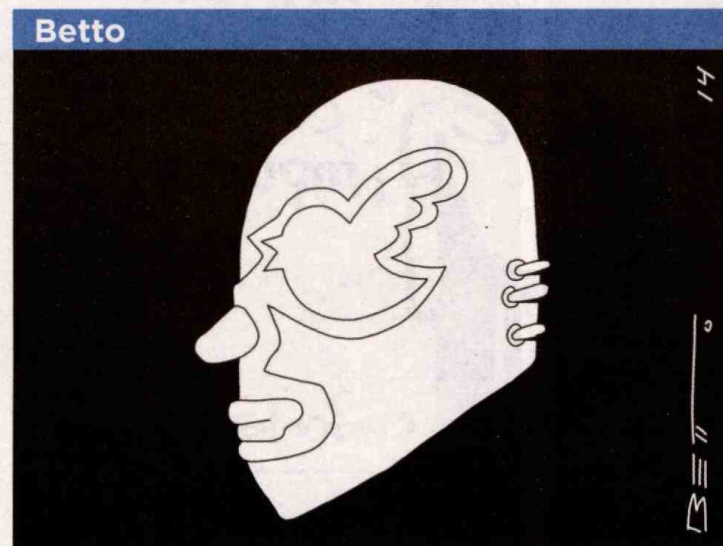
Envíe sus cartas a
lector@elespectador.com.



DE LABIOS PARA AFUERA

“Que el Gobierno le dé tratamiento de paraíso terrorista a Venezuela”.

Álvaro Uribe Vélez, expresidente de la República y actual senador, al ser consultado sobre las revelaciones que hizo el ministro de Defensa, Juan Carlos Pinzón, de los viajes de "Timochenko" a Venezuela.



Twiteros

¿Importa la belleza?

JUAN CARLOS BOTERO



SI LE HUBIERAS PREGUNTADO A UNA persona educada, entre 1750 y 1930, cuál es el objetivo del arte, de la poesía o de la música, opina el filósofo Roger Scruton, esa persona habría respondido: la belleza. Y si hubieras preguntado por el sentido de esa belleza, habrías escuchado que la belleza es un valor en sí mismo, igual de importante a la bondad o la verdad. Sin embargo, en el siglo XX la belleza dejó de ser importante, y el arte buscó inquietar y desafiar los cimientos de la moral. La meta ahora era la originalidad, y esto llevó a un culto de la fealdad. Y no sólo en el arte. En la arquitectura y en el lenguaje también, como si la belleza y el buen gusto no tuvieran cabida en nuestra existencia. Hemos perdido la belleza, concluye Scruton, y con ella, el sentido de la vida.

Así comienza uno de los mejores documentales de este inglés: ¿Por qué la belleza importa? Y debería ser material obligado

para toda persona interesada en la salud de las artes plásticas. Autor de más de 30 libros, este pensador es uno de los más lúcidos y valientes de la estética contemporánea.

Durante más de 2.000 años, nos recuerda Scruton, desde los antiguos griegos, la belleza era un concepto central en la cultura occidental. Los artistas del pasado sabían que la vida está llena de caos y sufrimiento, pero a la vez sabían que existía un remedio para aliviar y brindar consuelo, que enaltecía el espíritu y afirmaba el valor de la vida: la belleza de la obra de arte. En la modernidad, en cambio, empezando con Marcel Duchamp, el artista ya no aspira a redimir la vida mediante una pieza original, y de ahí su famoso orinal con una firma ficticia: R. Mutt. Era una burla al mundo artístico. Pero el resultado fue a su vez otro: el *readymade*, la idea de que cualquier cosa puede ser una obra de arte.

Eso incluye, por supuesto, una luz que se prende y se apaga (Creed, 2000), una lata de excremento (Manzoni, 1961) y una fila de ladrillos (Andre, 1966). El arte pierde entonces su dignidad, y si el mundo carece de sentido, el arte debe reflejar ese caos y su falta de belleza. Lo único que vale, hoy en día, es el

concepto, no la creación plástica. El error de esa teoría, opina Scruton, es que olvida que el gran arte del pasado estaba lleno de ideas, mucho más complejas y refinadas que las ocurrencias de hoy, y ahora cualquiera puede ser un artista. Ya no se necesita talento, creatividad ni buen gusto. El arte se reduce a un chiste. Pero un chiste malo, porque lo que asombra una vez, si no está dotado de calidad estética, aburre en su repetición.

Scruton nos desea persuadir que la belleza importa, "que es una necesidad universal del ser humano, y que sin la belleza vivimos en un desierto espiritual". La verdadera obra de arte supera lo banal y transforma lo feo en lo bello, mientras que la obra de arte fallida sólo refleja la banalidad y la fealdad, sin llegar a redimirlos. No hay transcendencia. Un par de zapatos viejos pintados por Van Gogh es una bella obra de arte; una sátira del cuadro de Van Gogh es apenas algo feo. En suma: no sólo somos animales con apetitos y urgencias. Somos seres espirituales, capaces de sentir el éxtasis, amar al otro, admirar la belleza, reverenciar lo sagrado y aspirar a lo eterno. ¿Un pensamiento adecuado? Hoy, es más bien revolucionario.